
El significado del final kantiano de *El Muro*

Peter Royle

En el último episodio de *Le Mur* Pablo Ibbieta descubre que la mentira que ha contado a sus captores, para engañarlos y poderse reír de ellos cuando descubran que les tomó el pelo, se ha vuelto contra él, pues su amigo y dirigente, Ramón Gris, sin él saberlo, se ha ido a esconder al cementerio hacia el cual los ha dirigido. Este final ha sido interpretado de diversas maneras, pero nadie parece haberse dado cuenta de que es una alusión al hipotético narrado en un ensayo titulado “Acerca de la supuesta liviandad de decir una mentira por motivos benevolentes”, de Kant. Dice Kant que si un asesino nos llegase a preguntar si la víctima que busca se encuentra en nuestra casa, sería nuestro deber decirle la verdad, pues decir mentiras es causar un mal a la humanidad. Cualesquiera que puedan ser las consecuencias, si se ha dicho la verdad quedaremos limpios de culpa. Pero cuando se dice una mentira, se hace uno responsable de las consecuencias, principio reconocido por el derecho, dice Kant. La víctima buscada quizás se fue sin ser vista por uno, y si se dice que se encuentra en la casa, por creer que es la verdad, quizás consiga escapar; pero si ocurre que se ha ido y uno miente, al decir que no está en la casa cuando cree que sí está, y a consecuencia de ello es capturada y muerta, entonces con razón se le podrá acusar a uno de haber sido causa de su muerte. Decir la verdad es un imperativo categórico que no admite excepciones. Ahora bien, dados sus conocidos puntos de vista, es imposible que Sartre haya querido llevarnos a sacar de su cuento las mismas conclusiones que deduce Kant de su relato. Entonces, ¿a qué viene el relato?

Al parecer hay dos interpretaciones posibles. La primera diría que como no podemos predecir las

consecuencias de nuestros actos en un mundo irracional deberíamos guiarnos por algunos preceptos generales, los cuales, al igual que las máximas de Kant, serían en principio universalizables. De modo que en este caso, por ejemplo, en vez de decir la verdad, como Kant propone, y en vez de mentir, Ibbieta se debería haber callado la boca, simplemente. La máxima de su acción sería entonces universalizable, como según dice Sartre, en un curioso y mal argumentado pasaje, lo son todas las elecciones,¹ en forma semejante a ésta: “calla la boca siempre que te estén interrogando enemigos”. Lo malo de esta interpretación es que Sartre se pone a hacer cálculos de las consecuencias probables de los actos, sobre todo de los ejecutados en situaciones que son tan complejas como para convertir en caso perdido todo intento de universalización. Además, esta interpretación no es la que nos impone naturalmente el relato.

La otra interpretación, sin embargo, sí se desprende naturalmente del cuento. Pero para que sea plenamente inteligible, tendremos que examinar más de cerca lo que ocurre.

En primer lugar, la proximidad de la muerte, que para él significa el repentino reconocimiento de su inevitabilidad, ha despertado en Ibbieta un fuerte sentimiento del absurdo. Todas las acciones humanas, sin exceptuar a todos sus esfuerzos previos en favor de la causa en la que había creído, le parecían ahora estar por igual vacías de sentido. Era indiferente a todo, hasta el punto de que era como si ya se encontrase muerto. “Ma vie était devant moi, close, fermée, comme un sac, et pourtant tout

ce qu’il y avait dedans était inachevé”.² De modo que, cuando decide no informar a sus captores de la verdad acerca del paradero de Gris, no sabe cómo explicarse su conducta:

Je n’aimais plus Ramon Gris. Mon amitié pour lui était morte un peu avant l’aube... en meme temps que mon desir de vivre. Sans doute je l’estimais toujours; c’était un dur. Mais ça n’était pas pour cette raison que j’acceptais de mourir a sa place; sa vie n’avait pas plus de valeur que la mienne; aucune vie n’avait de valeur. On allait coller un home contrae un mur et lui tirer dessus jusqu’a ce qu’il en creve: que ce fut moi ou Gris ou un autre c’était pareil. Je savais bien qu’il était plus utile que moi a la cause de l’Espagne, mais je ne foutais de l’Espagne et de l’anarchie: rien n’avait plus d’importance.

A causa de su nueva actitud ante la vida, Ibbieta posee un nuevo sentido de lo cómico. Las mezquinas actividades de sus interrogadores le parecen chocantes y burlescas, y su propia renuencia a entregar a Gris a cambio de su propia vida le resulta “algo cómica”. Esto nos muestra que, no obstante que se considera ya muerto, conserva aún ese sentido del significado, aun cuando sea en forma residual, que para Sartre, a diferencia de Camus, es una de las marcas distintivas de la existencia humana. La proximidad de la muerte, en otras palabras, no le ha dado ese sentimiento de absurdo total que se impone a Roquentin mientras contempla la raíz, y

¹ Véase, *L’existentialisme est un humanisme*, Nagel, París, 1965, pp. 25-27.

² *Le Mur*, Livre de poche, París, 1939, p. 25.

³ *Ibid.*, p. 32.

Pero, sigue diciendo, aun cuando, estrictamente hablando, no podemos encontrar lo inhumano, pues el concepto mismo es humano, es un error convertir a la muerte de una persona en acontecimiento de su vida. Y esto es lo que ha hecho Ibbieta: ha cometido el error de considerarse muerto ya; se ha situado al otro lado del muro. Es cierto que ha descubierto una dimensión real de la condición humana: la muerte cubre de absurdo nuestras actividades, puesto que el sentido viene del futuro, y la muerte propende siempre a cogernos por sorpresa, sin darnos tiempo a alcanzar nuestras metas: "un sens ne peut venir que de la subjectivité même. Puisque la mort ne paraît pas sur le fondement de notre liberté, elle ne peut qu'ôter à la vie toute signification".⁷ Sin embargo, no se puede permitir, en última instancia, que este absurdo influya en nuestra toma de decisiones, ya que existir simplemente, o aun desear el suicidio, es tener valores, puesto que es nuestro destino ineluctable proyectarnos en el futuro. El que seamos mortales es un hecho puramente contingente, y es ante todo para otros que lo somos. La muerte, ciertamente, representa el triunfo del punto de vista del Otro. No es *mi* posibilidad; es, dice Sartre, un límite de hecho, pero como es irrealizable⁸

⁷ *Ibid.*, p. 623.

⁸ De la manera siguiente explica Sartre lo que llama características irrealizables:

Il s'agit d'existences parfaitement réelles, mais ceux pour qui ces caracteres sont reellement donnés ne sont pas ces caracteres; et moi qui le suis, je ne puis les réaliser: si l'on me dit que je suis vulgaire, par exemple, j'ai souvent saisi par intuition sur d'autres la nature de la vulgarité; ainsi puis-je appliquer le mot de "vulgaire" a ma personne. Mais je ne puis lier la signification de ce mot a ma personne. Il y a la tout juste l'indication d'une liaison a operer (mais qui ne

hace que mi libertad sea tan total e infinita como mi nacimiento. Por consiguiente, Heidegger está equivocado al definir la autenticidad en términos de la actitud de una persona respecto de su propia muerte, ya que tal actitud solamente puede hacerse inteligible sobre la base de un apego a la vida. Además, esta teoría de *Sein zum Tode* descansa en una identificación rigurosa de la muerte con la finitud; mientras que, aun si fuésemos inmortales, aún seríamos finitos por razón de la naturaleza limitadora de la elección.⁹

Esto quiere decir, según Sartre, que deberíamos seguir asumiendo los juicios de valor que no podemos menos que hacer en virtud del hecho de que tenemos que seguir proyectándonos en el futuro casi como si nunca hubiésemos de morir; y hasta su sentencia, Ibbieta había vivido conforme a este código: "je n'avais jamais pensé a la mort parce que l'occasion ne s'en était pas présentée".¹⁰ Por desgracia, sin embargo, ahora que empieza a pensar en la muerte, aun cuando se da cuenta de cuán *in-natural* es,¹¹ saca también en conclusión que todas las cosas carecen igualmente de sentido. Por supuesto, en última instancia no puede creer realmente esto, ya que aún está vivo, tal y como Roquentin no puede realmente del todo encontrar la contingencia; y el hecho de que en lo más hondo

pourrait se faire que par interiorisation et subjectivation de la vulgarité, ou par objetivation de la *personne*, deux opérations qui entraînent l'effondrement immédiat de la réalité traitée). Ainsi sommes-nous entourés a l'infini d'*irrealisables* (*L'Être et le néant*, pp. 610-611).

⁹ Una discusión completa de este tema se encuentra en *L'Être et le néant*, pp. 615-33.

¹⁰ *Le Mur*, p. 14.

¹¹ *Ibid.*, p. 21.

que Mersault parece obtener a consecuencia de su oscura iluminación. No es el absoluto lo que experimenta: lo absurdo es para él, como para Camus, una relación, una relación entre el deseo de inmortalidad del hombre y la irracionalidad de un universo que parece tener como mira frustrarlo; por lo tanto, las acciones que le parecen cómicas son las acciones que ejecutan con toda seriedad personas que se ponen en ridículo al no reconocer la "verdad" que se les ha confiado: en otras palabras, en relación con ella es como resultan absurdas.

Lo que le ocurre al cuerpo de Ibbieta es lo contrario de lo que Mersault quiere hacernos creer que le acontece al suyo: al igual que sus compañeros en la celda de la muerte, casi no siente su cuerpo. "Nous autres nous ne sentions plus guere nos corps-plus de la même façon, en tout cas. . . Nous etions la, trois ombres privées de sang".⁴ En vez de ser el receptor de vívidas impresiones externas, su cuerpo se vuelve sobre sí mismo, como en *La Nausée*, cada vez más, y adquiere una incontrolada vida subhumana propia:

mon corps, je voyais avec ses yeux, j'entendais avec ses orielles, mais ça n'était plus moi; il suait et tremblait tout seul, et je ne le reconnaissais plus. J'étais obligué de le toucher et de le regarder pour savoir ce qu'il devenait, comme si ç'avait été le corps d'un autre. Par moments, je le sentais encore, je sentais des glissements, des especes de dégringolades, comme lorsqu'on est dans un avion qui pique du nez, ou bien je sentais battre mon coeur. Mais ça ne me ressauroit pas: tout ce qu venait de mon corps avait un sale air louche. La plu-

part du temps, il se taisait, il se tenait coi, et je ne sentais plus rien qu'une espece de pesanteur, une présence inmonde contre moi; j'avais l'impression d'être lie a une vermine enorme.⁵

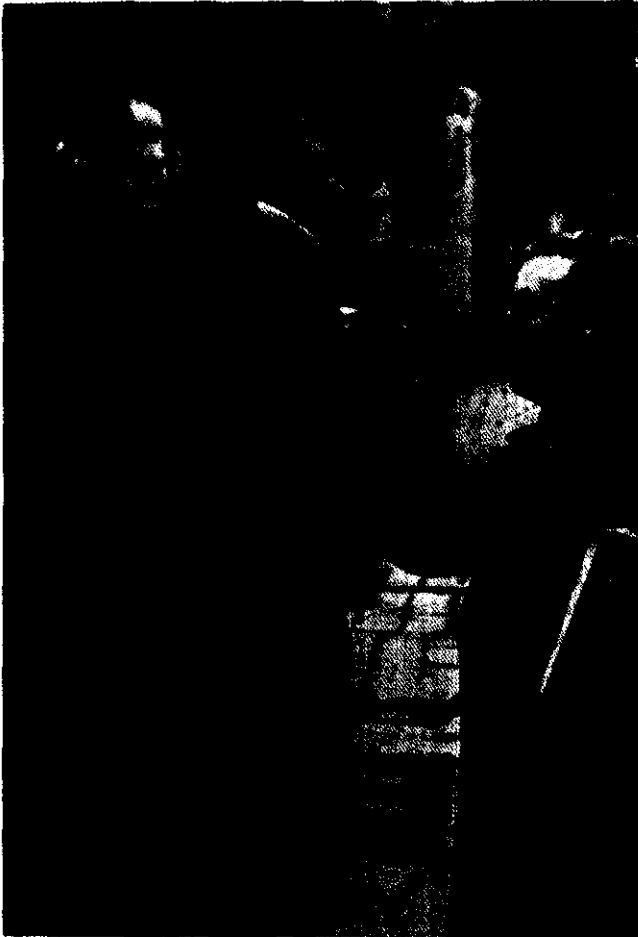
Así pues, en presencia de la muerte, Ibbieta pierde el control de su cuerpo, cuyas sensaciones principales se tornan cinestésicas; y esto significa que, en cierto sentido, su cuerpo se está acercando ya a la muerte. ¿Cómo podemos explicarnos esto? Según Sartre, mi cuerpo no es simplemente una cosa: es el instrumento que soy. Pero la instrumentalidad implica metas; y si carece uno de meta, como parece ser ahora el caso de Ibbieta, como lo fue de Roquentin, entonces, lo único que el cuerpo puede hacer es volver a un estado subhumano: hasta las impresiones externas son contingentes respecto de una conciencia organizadora, y si la conciencia deja de organizar a la luz de un proyecto, estas impresiones se volverán cada vez más irreales, hasta que finalmente dejen de ser por completo. Lo que tenemos en *Le Mur* es una *situación-límite* (que es como Sartre define a la muerte, de hecho); y lo que se describe, a saber, la extinción, es algo que, como el eclipse de la conciencia descrito por Roquentin, en última instancia somos incapaces de experimentar. En la sección titulada "Ma mort" en *L'Être et le Néant*, Sartre escribe:

Après que la mort ait paru l'inhumain par excellence puisque c'était ce qu'il y a de l'autre côté du 'mur' on s'est avisé tout a coup de la considerer d'un tout autre point de vue, c'est-à-dire comme un événement de la vie humaine.⁶

⁴ *Ibid.*, p. 23.

⁵ *Ibid.*, p. 27.

⁶ *Op. cit.*, Gallimard, París, 1943, p. 615.



de sí mismo no lo cree nos lo muestra su embrollada negativa a traicionar a Gris. Una persona no deja de tener valores hasta que *está muerta*: si desafía la tortura, por ejemplo, lo hace porque prefiere la extinción a cualquiera de las posibilidades prácticas

que en vez de ella se le ofrecen, y así sucesivamente. Sin embargo, aunque decide proteger a Gris, Ibbieta ha quedado tan contaminado por el sentimiento del absurdo que, al igual que Hamlet durante un tiempo, actúa irresponsablemente; y la falla de la burla que intenta hacer da como resultado el innecesario sacrificio de una vida que habría sido útil a la causa y la prolongación de una existencia que se ha sumido en la irrealidad y que, por el momento al menos, tiene poco valor para sí misma.


Lo que Sartre está proclamando a través de este relato kantiano es su doctrina de la responsabilidad total del individuo respecto de todo lo que ocurre en el mundo, responsabilidad que es absurda en el sentido de que tiene esta responsabilidad sin ser responsable por la misma; y es esto lo que explica la risa histérica de Ibbieta al final del relato, cuando descubre lo que ha hecho. Por consiguiente, el mensaje de Sartre es lo contrario del de Kant: mientras que para Kant no se me puede hacer responsable de las consecuencias de mis actos, siempre que los ejecute de conformidad con unas cuantas máximas universales, para Sartre soy enteramente responsable de sus consecuencias y, por consiguiente, debo actuar en todo momento teniendo eso presente. El que para Sartre eso no sea incompatible con el criterio de universalización nos lo muestra el hecho, ya mencionado, de que también sostiene esto; pero lo que tiene que entenderse es que esta universalización es concreta, no abstracta, y que opera en el contexto de una moralidad que, aun siendo de una variedad por demás desusada, tendría que ser descrita como utilitaria. No encontraremos en Sartre universalizables éticos abstractos; los universales éticos no son inconcebibles absolutos éticos: son concretos y específicos, dependen de la auto-definición humana y de

una totalización que convierte en racional a la distribución de papeles diferentes en el contexto de un proyecto universal.

Podría alegarse que sólo un individuo que forma parte de una totalidad sintética, que se halla presente en sus articulaciones más nimias, puede de verdad ser totalmente responsable de todo lo que ocurre. Tal y como Kant, con su abstracta universalizabilidad, refleja el mundo político en el que escribe, con el alejamiento característico del ciudadano medio respecto de las sedes del gobierno, así refleja Sartre las aspiraciones a la unidad de un mundo más democrático; y, en el sentido de que la clase del mundo por él deseado aún no ha cobrado existencia, aun cuando él se haya considerado ya parte del mismo, se lo puede considerar como profeta. Tanto su insistencia en la responsabilidad total del individuo, como el hincapié en la solidaridad en soledad reflejan las luchas por nacer de un mundo auto-totalizador.

Por supuesto, cuando dice que soy responsable de todo lo que ocurre en el mundo, no quiere dar a entender que sea yo culpable de todos los crímenes que se cometen lo que quiere afirmar es que debo asumir la situación en la que he nacido, o en la que me encuentro, y darle un sentido; y si condono crímenes, o no los reconozco como crímenes, entonces, para quienes se oponen a ellos, seré culpable. Cuando Egisthe, en *Les Mouches*, da muerte a Agamemnon, los habitantes de Argos, al condonar su crimen, se convierten en cómplices; y cuando Orestes consuma su venganza al asesinar a

Egisthe y hacer que lo reconozcan como rey, realiza su deseo y se convierte en uno de ellos, en tanto que éstos, a su vez, asumen la responsabilidad por su acto; y éste, porque es el acto de un hombre orgulloso y responsable, que tiene el valor de reconocer lo que ha hecho, los libera del remordimiento que Egisthe ha cultivado en ellos desde su crimen.¹²

Ahora bien, en el caso de Ibbieta, no sólo hay responsabilidad, sino también culpa; y ésta existe, a su propio juicio, antes y por encima de todo. Patentemente, no es universalizable la máxima conforme a la cual ha actuado al mentir a sus captores; para que su mentira pudiese tomarse en serio, y para que su trampa tuviese éxito, por consiguiente, lo dicho por él debía poseer alguna plausibilidad: de nada habría servido, por ejemplo, afirmar que Gris estaba escondido en el Polo Norte; y hacer plausible lo que se cuenta, por poco que sea, es correr el riesgo de que resulte ser verdad. El poder conferido a una persona, al morir antes de tiempo, es un poder del que ella misma podrá ser la primera víctima. Al convertirse, como cree, en el agente de una gran broma cósmica, inevitablemente afirmará un sentido en el acto mismo de negarlo; pero al no asumir responsabilidad por ese significado, se pondrá a sí misma a merced de un universo irracional. A diferencia de Camus, para Sartre la muerte no es excusa. 

¹² La exposición plena del concepto de responsabilidad total de Sartre se halla en *L'Être et le néant*, pp. 638-42.